

The cover art features a central figure, a warrior in ornate golden armor with a blue cape, holding a large battle-axe in his right hand and a shield with a lightning bolt symbol in his left. He stands amidst a chaotic battle scene with other warriors and flying creatures in the background. The overall color palette is dominated by gold, blue, and grey.

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR

THE REALMGATE WARS

TORMENTA DE GUERRA

NICK KYME · GUY HALEY · JOSH REYNOLDS

timunmas



TORMENTA DE GUERRA

THE REALMGATE WARS

NICK KYME · GUY HALEY · JOSH REYNOLDS

timun**mas**

Título original: *War Storm*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Stepan Alekseev y Dian Martinez

The Realmgate Wars: War Storm, The Realmgate Wars: Tormenta de guerra, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2015 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited, 2019.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0611-5
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B. 939-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Arrastrado por la tormenta – Nick Kyme	11
Tormenta de espadas – Guy Haley	99
Las Puertas del Alba – Josh Reynolds	185

CAPÍTULO UNO

FORJADO POR LOS DIOSES

El relámpago golpeó a Vandus Hammerhand como si fuera una flecha arrojada desde los cielos. Primero fue la luz, un resplandor lacerante tan brillante que le robó toda conciencia de sí mismo. El tormento le hizo pensar en blancas dagas de dolor puro. Calor, furia y el tamborileo de vigor inmortal corriendo por sus venas alcanzaron un *crescendo* tan atrozador que se transformó en un silencio ensordecedor.

Luego la paz, la sensación de un consuelo y una quietud genuinos.

Vandus acabaría aprendiendo que siempre era así. Era lo que tenía nacer de la tormenta y ser llevado por ella.

Reforjado, renovado. Revivido. En eso consistía ser eterno. Pero, como ocurría con todas las hazañas propias de los dioses, tenía un precio.

Antes...

Después de derrotar a Korghos Khul, los Hammerhands partieron hacia el norte.

A pesar de que los Marea de Sangre se habían dispersado, no tardarían en reorganizarse. La guerra contra el dominio del Caos aún estaba lejos de su final, pero los Stormcasts de Sigmar habían cosechado una

importante victoria en las Puertas de Azyr y ahora había que aprovechar el impulso que habían cogido.

Por lo tanto, los Hammerhands se dirigieron al norte.

Miles de ellos, recubiertos de sigmarita pura, cruzaron el delta Ígneo. Liberators manchados de sangre y de la mugre de la guerra marchaban con los grandes martillos terciados sobre el bruñido espaldar. Ajustos Retributors caminaban con resolución en un silencio desalentador, con los martillos relámpago firmemente sujetos al pecho. Por encima de ellos, unidades de sobrenaturales Prosecutors habían alzado el vuelo y estriaban el marchito cielo. En cuanto a los guerreros heraldos tocaran sus cuernos de guerra para anunciar la proximidad de una horda enemiga, sus enmascarados camaradas de infantería cerrarían filas y levantarían los escudos.

Los enemigos eran abundantes, pues los que habían sellado con sangre su vínculo con Khorne infestaban el delta Ígneo y las tierras que lo rodeaban.

Otros Stormcast Eternals se ocuparían de proteger el portal del reino que habían abierto en Azyr. Al menos ahora contaban con un bastión en la península del Azufre, algo que defender. Sin embargo, la vanguardia no podía permitirse el lujo de descansar. Tenían que seguir avanzando, a pesar de que los músculos les pesaban como si fueran de plomo.

Solo se detuvieron cuando cayó la noche y llegaron a los riscos. Acamparon en una llanura rocosa y protegida. El ejército montó en ella el campamento mientras algunos de sus comandantes ascendían la suave pendiente que conducía a otra llanura menos extensa para decidir la mejor ruta.

—Es una tierra extraña —murmuró Dacanthos mientras observaba la escarcha que le recubría los dedos del guantelete. Apretó el puño y el hielo saltó de él.

—Pienso como tú —repuso Sagus, apoyándose en la cabeza de su martillo relámpago mientras el viento cortante del delta trataba de perforarle la armadura. El aire apestaba a sangre y a cenizas, y transportaba unos repulsivos graznidos, como de cuervos burlándose de ellos, aunque eran unos sonidos más graves, como emitidos por unas bestias de mayor tamaño. Ya habían avistado varias criaturas carroñeras.

Los Hammers de Sigmar habían dejado atrás el desierto abrasador. Aquí, en los escabrosos riscos y las colinas bajas, prevalecía un invierno riguroso.

La nieve ocultaba en parte la deformidad del terreno; los montículos que lo jalonaban parecían las garras petrificadas de algún leviatán de la antigüedad, un gólem atrapado para siempre en el momento de su agonía. Ocho cumbres enanas se alzaban de la monótona tundra como si fueran cuernos, y había unas cavidades vacías que pudieron albergar ojos.

—Es un lugar lúgubre, esclavizado por las tinieblas —aseveró Vandus con voz grave, sin disimular el desagrado que le producía aquel sitio. Contempló el delta Ígneo y más allá desde el borde de un barranco. Vastas extensiones de bosque colonizaban buena parte de las tierras orientales, pero los árboles tenían un aspecto que no era natural; estaban inclinados y retorcidos, con las ramas petrificadas.

El Lord-Celestant entornó los ojos. Juraría que había visto moverse algo en las oscuras profundidades del bosque. Alzó la vista para recorrer con los ojos una meseta mucho más vasta que la elegida por su ejército para acampar. El hielo que la recubría le daba el aspecto de un glacial. Una niebla grasienta se deslizaba por su base y envolvía el suelo con una repugnante brea.

Más al norte, Vandus entrevió la silueta imponente de una torre inmensa, velada por montones de nubes piroclásticas. Era una de las ocho torres de latón que circuían los dominios de Khul. He aquí, pues, la misión que les había encargado su dios, aunque él sabía que su destino lo aguardaba en otra parte.

—Apesta de verdad —dijo entre dientes Vandus mientras se daba la vuelta para dirigirse a sus hombres—. Pero lo de abajo es peor... —Hizo un gesto a Dacanthos y a Sagus para que se unieran a él en el borde del barranco, convencido de que quien hubiera abajo no repararía en las figuras que observaban desde lo alto.

Los guanteletes de Sagus crujieron estruendosamente cuando apretó los dedos alrededor del mango de su martillo.

—Escoria miserable... —dijo el Retributor con una rabia apenas contenida—. Me encantaría echarlos de este lugar, arrancarlos de estas tierras como si fueran barro pegado a las botas.

Dacanthos no dijo nada y se limitó a mirar a través de los ojos sin vida de su máscara, con el cuerpo tembloroso por una ira justificada.

Muchos metros más abajo, en una cuenca de roca negra como el carbón atestada de humo y plagada de montoncitos de ceniza y de nieve, estaban los seguidores de Khorne conocidos como los cuajos de sangre.

Hordas de guerreros se habían reunido para descansar después de una larga marcha. De una gran hoguera que ardía en el centro ascendía una columna de humo que casi alcanzaba el barranco desde el que observaban los Stormcasts. Los hombres de las tribus vestían unas prendas de cuero con púas y unas pieles apelmazadas por la sangre seca que dejaban a la vista sus torsos y sus brazos. Vandus y sus hombres los conocían como los segadores sangrientos. A pesar de que se trataba de una facción menor de los numerosos y poderosos Marea de Sangre, eran unos guerreros fuertes y musculosos. Suplían la destreza que les faltaba con agresividad y adoración a Khorne.

Estaban de jerga alrededor de la hoguera, bramando y luchando. Las largas sombras que proyectaban sus cuerpos se contorsionaban a la horripilante luz del fuego, convertidas en un reflejo de lo que llegarían a ser aquellos hombres si vivían lo suficiente para adorar con fervor a su dios. El altar de un segador sangriento era el campo de batalla, y sus ofrendas, la crueldad y la muerte.

No eran más que chusma, pero chusma peligrosa. Sus aceros eran gruesos y afilados, mellados en la batalla y ennegrecidos por la sangre de inocentes. Pero con el tiempo se habían vuelto arrogantes y soberbios.

—¿Cuándo quieres enviarles la tormenta de la ira, mi Lord-Celestant? —preguntó al fin Dacanthos.

—Pronto —dijo Vandus, volviéndose ligeramente cuando sintió que las miradas se posaban en él—. Primero quiero consultarlo con nuestro Lord-Relictor.

Los tres guerreros se volvieron simultáneamente hacia Ionus Cryptborn. El Lord-Relictor surgió de las sombras como si formara parte de ellas y ellas de él. La morbosidad lo perseguía como una maldición, y su yelmo con forma de calavera le confería un aspecto tenebroso en consonancia con su porte general.

Ionus hizo una leve reverencia y los pergaminos con juramentos que colgaban de su armadura dorada se agitaron.

—Te ruego que me escuches, lord Hammerhand.

Vandus se colgó el martillo tempestuoso del cinturón e hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros para que los dejaran a solas. Los dos guerreros mascullaron unas palabras de respeto al guardián de la reliquia y se retiraron.

Cuando se marcharon, de vuelta a la llanura donde se había congregado el ejército, Vandus inició la conversación.

—No lograrás disuadirme, Ionus —advirtió a su interlocutor.

—Me hablaste de la Pirámide Roja de cráneos y comprendo ahora que no puedas pasarla por alto —dijo Ionus mientras se quitaba el yelmo y dejaba a la vista su rostro demacrado y siniestro—. Ojalá nuestros caminos coincidieran. Ojalá que tú, como yo, te dirigieras a las torres de latón tal como ha ordenado Sigmar.

En la voz de Ionus había cierto tono de reproche, de lamento ante la posibilidad de que sus caminos se separaran para afrontar las batallas venideras. Era impropio de él, pero a su Lord-Celestant se había metido entre ceja y ceja para los pies a Korghos Khul y destruir el terrorífico Portal de la Ira.

—Pero sé que tu resolución es inquebrantable, amigo —aseveró Ionus para concluir.

Vandus asintió. Se volvió a Ionus sonriendo, se quitó el yelmo de guerra y lo sostuvo bajo el brazo. En marcado contraste con el Lord-Relictor, Vandus tenía unas facciones nobles y limpias, la clase de rostro que solía esculpirse en las estatuas. Esos monumentos de viejas glorias, de una época pasada, habían desaparecido, pero Vandus estaba decidido a ver su resurgimiento. Tendió una mano hacia Ionus.

—El destino nos reunirá, hermano.

Las comisuras de la boca del Lord-Relictor se arquearon apenas una fracción, pero estrechó el antebrazo del Lord-Celestant como era costumbre de los guerreros.

—Sí. La torre caerá y regresaré junto a tu hermandad. Unidos, aplastaremos a todas las criaturas que se proclamen señores de estas tierras. El dominio del Caos está cerca de su final.

El buen humor de Vandus se esfumó al recordar las cosas que había visto y la batalla desesperada que habían librado y ganado en las Puertas de Azyr.

—¿Es posible que sobreviviera? —preguntó Vandus.

—¿Khul?

—¿Quién si no?

—Está vivo.

Vandus enarcó una ceja.

—Pareces muy seguro, hermano.

—Solo es un presentimiento.

Vandus tenía la sensación de que se trataba de algo más que un presentimiento, pero prefirió no decir nada. Los métodos del Relictor eran

un secreto para él, y tal vez fuera mejor así. Pero si Khul seguía vivo, como intuía Ionus, eso significaba que aún podría cumplirse su visión.

La cabeza de Vandus, cortada y levantada en alto por Khul, exultante mientras remataba su espantosa pirámide.

—He visto mi propia muerte, Ionus —dijo Vandus tras unos momentos en silencio.

—¿La visión de la que hablamos, la que te conduce a la Pirámide Roja?

Vandus asintió con la cabeza.

—¿Y estás dispuesto a entrar en los dominios de Khul a pesar de que sabes que significará tu muerte?

—Sí.

Ionus frunció el ceño.

—¿Por qué? A menos que creas que puedes escapar de una profecía.

—¿No has dicho siempre que somos los arquitectos de nuestro destino?

Ionus soltó una breve carcajada.

—Digo muchas cosas, pero no espero que todas se tomen en sentido literal.

—Sigo este camino porque debo hacerlo, amigo mío. Si no detengo yo a Khul, ¿quién lo hará?

—Y si lo desafías, es posible que acabes cumpliendo la profecía.

—Es un riesgo que debo tomar.

Ionus se quedó mirando un momento al Lord-Celestant y por enésima vez recordó por qué Sigmar había escogido a Vandus como vanguardia de su tormenta.

—Sí, supongo que sí. De todos modos, espero que no acabe contigo, Vandus. —Ionus lo dijo en broma, pero Vandus se puso serio.

—¿De verdad somos inmortales? Si nuestro destino es morir, ¿morimos?

—Somos tan inmortales como lo es la voluntad de Sigmar, pero ni siquiera el Rey Dios consigue siempre lo que quiere. —Ionus señaló a los cuajos de sangre que habían ido a liquidar y luego la tierra que se extendía más allá, con los peligros que escondía y los que mostraba.

Contemplaron las hordas que seguían de juerga abajo y, tras un breve silencio, Ionus dijo:

—Creen que son la muerte de estas tierras. Creen que ya han triunfado.

Vandus se echó a reír.

—Ellos no son la muerte. Nosotros somos la muerte.

Volvió a ponerse el yelmo con una actitud manifiestamente beligerante y finalmente se volvió hacia el Lord-Relictor.

—Y ya es hora de que demos su merecido a esos salvajes de ahí abajo.

Levantó en alto *Heldensen* para que los guerreros que se congregaban en la llanura lo vieran.

—¡Stormcasts, a las armas! —ordenó con voz tronante—. ¡Esta noche repartiremos muerte e impondremos la justicia de Sigmar!

Las huestes doradas prorrumpieron en una ovación lo bastante escandalosa para que las hordas congregadas abajo la oyeran. Algunos hombres de las tribus alzaron la vista y divisaron a los Stormcasts que comenzaban a aparecer encima de ellos; otros buscaron con desesperación sus armas y unos pocos se pusieron a bramar órdenes.

—Alimañas —gruñó Vandus, con el ruido de fondo de las armaduras de la cámara al completo de los Hammers de Sigmar que estaba reuniéndose a su espalda. Ionus estaba a su lado, de nuevo con el rostro cubierto por la calavera. Iba a ser su última batalla juntos en mucho tiempo. Solo si así lo quería Sigmar, sus caminos volverían a encontrarse.

—Apresuraos todo lo que queráis, no os servirá de nada.

Heldensen destelló como una llama dorada en la oscuridad. Esta vez, más de un millar de martillos se sumaron al saludo.

—¡Liquidadlos y limpiad esta tierra! —espetó con un rugido Ionus, incapaz de seguir conteniendo la justificada rabia que lo consumía.

La tormenta descendió con alas resplandecientes, convertida en un demoledor torrente de oro.